





LA ILUSIÓN ETERNA O LOS
PROTOCOLOS DE LOS
SABIOS DE SIÓN



Santiago Molina Barajas

LA ILUSIÓN ETERNA O
LOS PROTOCOLOS DE
LOS SABIOS DE SIÓN



Primera edición: junio de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Santiago Molina Barajas

ISBN: 978-84-16824-42-7

ISBN digital: 978-84-16824-43-4

Depósito legal: M-16457-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Índice

El sistema de Rachkovsky.....	11
Un nuevo comienzo.....	35
El candor de Gillete.....	45
Los amores de Lakeich.....	53
El intermezzo	63
La cena.....	65
La voluntad	77
El corazón de Fantina	91
Resolución.....	103
Rescaldos de un asesino.....	105
En busca del alma rusa.....	119
La nueva amiga de Gina.....	127
El descubrimiento de Rachkovsky	131
Juramento de amor	135
Contemplando la idea.....	147
Entre amigas	149
El fin de Gurov	157
La dulce Gina.....	177
Khitrost ante <i>Los protocolos</i>	185
Un esperanzador porvenir.....	195
La confesión de Rachkovsky.....	201
Declaración	207
La última conversación.....	221



El sistema de Rachkovsky

—Vamos Spitsin, haz un poco más de ruido —dijo Lakeich, mientras pisaba más fuerte para indicarle a su compañero cómo debía caminar.

—¿Así? —preguntó el joven ruso imitando el caminar de Lakeich.

—Exacto.

—Rápido. Vengan a ayudarme con la puerta. No la puedo abrir —les dijo Gurov, viéndolos con reproche.

Los dos se apresuraron a socorrerlo. Entre los tres hombres forzarón la cerradura, hasta que ésta al fin cedió. Se miraron entre sí con aire de triunfo. Miraron a la calle una vez más y entraron sigilosamente en la imprenta. Gurov se encargaba de encender algunas lámparas cuidándose de que el resplandor no alcanzara las ventanas mientras que Lakeich examinaba detalladamente el lugar. «En esencia sólo se debe iniciar el fuego en seis lugares», pensó para sí. Se extrañó al ver que Spitsin temblaba de forma exagerada, como si tuviese muchísimo frío. Lakeich vio en el movimiento compulsivo de Spitsin todos los rasgos del temor más absoluto. Se acercó un poco a él, le tomó con discreción el hombro y le dijo:

—Debes iniciar el fuego junto a esa mesa.

Spitsin escuchó con claridad.

—Después lo iniciarás en esa pila de papel —Lakeich señalaba el lugar con su índice derecho. Date prisa —dijo con tono de mando—. Sabes que no tenemos mucho tiempo.

Spitsin lo miraba con desconfianza. Sentía que su alma quería escapar de su cuerpo.

—Lakeich —alcanzó a pronunciar con voz cortada.

—Sí.

—Me podrías dar... algo con que iniciar el fuego.

—Claro.

Lakeich le dio una antorcha que había sacado de su bolsa. La encendió, y le aconsejó que en lugar de ir primero a la mesa, fuese mejor a la pila de papel, pues Gurov ya había iluminado ese lado de la imprenta. Spitsin ya no lo miraba con miedo, aunque aún se reconocía en su rostro cierto temor. Tomó con decisión la antorcha y miró hacia la pila de papel. Con todo su valor se dispuso a hacer lo que su compañero le había pedido. Lakeich sonreía mientras lo veía alejarse. Buscó con su vista a Gurov. Lo encontró guardando algunas hojas de papel en su bolsa. Se apresuró a iniciar el fuego en los sitios que le correspondía. Al terminar, fue al encuentro de Gurov y de Spitsin, que lo esperaban en la puerta de la imprenta con cierto recelo.

—¿Por qué te has demorado tanto? —le preguntó Gurov con más fastidio que duda.

—He tenido que iniciar el fuego en cuatro lugares.

—Bueno, no importa. Cerremos esto y larguémonos ya —dijo Gurov mientras cerraba la puerta cuidadosamente.

A diferencia de cuando llegaron, los tres agentes se fueron sin hacer el menor ruido posible. La calle volvió a su tranquilidad habitual. El silencio extendió de nuevo su manto sobre aquel lugar, en el que la paz y la seguridad eran cosa habitual todos los días. A pesar de que no era muy tarde, la gente de aquel lugar solía acostarse muy temprano, desconociendo, por lo tanto, la atrocidad que se había cometido hacía apenas unos minutos. En la imprenta, el fuego se alimentaba furiosamente del papel. Curiosamente, no producía ruido. A través de las ventanas de *La voluntad del pueblo*, se podía observar como el fuego aumentaba de manera desmesurada su tamaño. Ciertamente para un pirómano habría sido el mayor espectáculo poder mirar esos ventanales que anunciaban un desastre cada vez mayor. Los vecinos del lugar no tenían conocimiento de la importancia que tenía aquel edificio de fachada sucia y descuidada. Sabían que debía suceder allí algo de relativa importancia, pues eran bastantes las personas que allí entraban, seguramente a trabajar. Además, los empleados nunca decían nada concreto del edificio. Solían decir que el edificio era una bodega carente de importancia; que ellos debían alistarla para su demolición. Ahora eso no tenía ninguna relevancia. El fuego carcomía ferozmente todos

los objetos de la imprenta, reservándose para el final, la destrucción de la misma.

Al otro lado de la ciudad seguían agitados Gurov, Spitsin y Lakeich. Cuando salieron del edificio, caminaron la primera cuadra con tranquilidad. Al comenzar la segunda cuadra, empezaron a correr lo más rápido que podían. Corrieron por más de veinte minutos, creyendo, como todos los fugitivos, que la distancia borraba el crimen que acababan de cometer. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos de la imprenta, se acercaron al río Ródano a descansar y reflexionar. Los tres parecían estar en el mismo estado. El cansancio ocultaba el secreto de sus corazones. Tanto Gurov como Lakeich miraban alternativamente al Ródano y a Spitsin. Sentían que en cualquier momento saltaría al río. Gurov y Lakeich se miraron un momento. Ambos comprendieron que debían actuar de inmediato por el bien de su compañero.

—Spitsin —dijo de improviso Gurov.

—Ah... ¿Qué pasa?

—No tienes de que preocuparte. Jamás nos atraparán y lo sabes bien.

—Es cierto Spitsin —comentó Lakeich—. Somos agentes encubiertos. Estamos disfrazados como empleados de esa imprenta. Jamás sospecharían de nosotros... Por otro lado... tú mismo fuiste quien ma...

—Lo sé, Lakeich. Discúlpame.

—Qué raro eres Spitsin —volvió a intervenir Gurov—. Mataste a los hombres que estamos suplantando sin la menor vacilación, y ahora te asustas por incendiar una simple imprenta.

—Sí, también sé eso, Gurov. Pero es que tú no entiendes mi situación. Soy un asesino y no un saboteador, hay diferencia...

Gurov y Lakeich lo miraron de tal forma que Spitsin entendió que debía explicarles a qué se refería. Meditó un momento antes de responderles.

—El asesinato carece de importancia si asumimos que todos debemos morir. Lo único que hago yo al matar a una persona es adelantar su muerte, lo cual no es nada grave. Por eso, para mí, mi propia muerte es tan insignificante como la de aquellos a quienes he asesinado. La muerte es algo inevitable, eso es todo...

—Muy bien. Por eso eres un mercenario al igual que nosotros dos —dijo Gurov alegre.

—Pero el fuego es tan atroz —continuó Spitsin—. ¡Oh, Dios mío! Es tan atroz. El infierno debe verse igual que la imprenta esta noche... Que terrible he sido al permitir que algo tan horrible como el fuego cobrara vida. No me lo perdonaré... Dios santo... No podré dormir hoy... El castigo sí, ahí viene el castigo a por mí...

Spitsin tenía un gesto de terror desolador, si puede existir tal estado. Quien le hubiera visto, habría pensado que aquel hombre regresaba del infierno para advertir a aquellos que no acataban la palabra de Dios de los horrores que les esperaban. Su sudor ya no provenía del cansancio, sino de su estado de agitación, difícil de explicar, hasta para él mismo. Gurov y Lakeich no entendían nada. El hombre que hace apenas unas horas había destruido tres vidas humanas sin apenas titubear se mostraba ahora como el más indefenso y afligido de los niños.

—Tranquilízate Spitsin. No pasa nada —trató de consolarlo Lakeich, sin duda con lo primero que se le vino a la mente—. Le tienes miedo al fuego. No hay problema en ello. Debiste habernos dicho eso antes. Jurkov te hubiera reemplazado en la misión.

—¿Jurkov? Salió ayer para Moscú a investigar algunos asuntos —Gurov no alcanzó a terminar la frase, cuando Lakeich le lanzó una mirada inquisidora. Gurov le retuvo la mirada. Dijo con tono de voz desafiante:

—Debemos irnos. No hay tiempo para miedos ni para consolaciones. El señor Rachkovsky podría enojarse con nosotros. Hemos descansado suficiente. ¡Vámonos ya!

—Tienes razón —dijo Spitsin tratando de volver de nuevo en sí—. Todavía alguien puede vernos. Arruinaríamos la misión. En marcha.

Los tres se marcharon caminando con rapidez. A pesar de que ninguno hablaba, se podía escuchar lo que pensaban con sólo ver sus gestos. Los tres pensaban lo mismo: «Ojalá la misión haya salido bien».

El viaje desde Ginebra hasta París, resulto delicioso para los tres agentes. Sin los disfraces que utilizaron la noche del incendio se podía acceder a sus verdaderas fisionomías. Spitsin era un hombre de estatura promedio y un poco regordete. Su rostro revelaba cierta timidez. Usualmente miraba a la gente como si les estuviera pidiendo permiso o se estuviera disculpando. Parecía muy sumiso. A simple vista lucía como un hombre a quien la vida retó sin esperanza alguna: un mediocre consumado. Pasaba desapercibido en la mayoría de los lugares a los que

iba por la sencillez de su fisionomía. Esta apariencia afable, resultaba sumamente práctica para la Okhrana, debido a que sus enemigos jamás sospechaban del tranquilo Spitsin. Educado con la sencillez que sólo el campo puede brindar, Spitsin había sido un hijo obediente y disciplinado. Una vez que alcanzó cierta madurez decidió viajar a San Petersburgo para conocer lo que su padre llamaba con ternura «la gran ciudad»...

Su llegada a la ciudad le produjo más desconfianza y miedo, que admiración y contemplación. Nunca antes imaginó ver gente en un estado tan deplorable, como los mendigos que veía por las calles. Se impresionó mucho del aire de la ciudad. Le parecía denso, agobiante, desagradable. No comprendía como la gente podía convivir con él. Por supuesto, también le impactaron enormemente las maravillas que la ciudad le enseñaba. La arquitectura, por ejemplo, le dejó absorto: la encontraba supremamente bella. Le produjo gran placer observar las iglesias, los puentes, las casas de estilo antiguo, etc. Desgraciadamente, el gozo de las majestuosidades de la ciudad no era suficiente para cubrir la desnudez de su pobreza. Una vez adaptado a la ciudad, por así decirlo, comenzó a buscar trabajo. Debido a sus rasgos amables, y hasta cierto punto tímidos, las personas se negaban a contratarlo porque les daba la impresión de que una persona así de débil no podía ser buena trabajando. Al verse sin empleo y desprotegido, la desesperación de Spitsin comenzó a aumentar. Cada vez pedía empleo de una manera más humillante e histriónica. Lo único que consiguió fue que lo rechazarán más rápido que antes. No estaba acostumbrado a la necesidad económica. En el campo no necesitaba del dinero para poder comer. Descartó la posibilidad de volver a su casa por considerarla humillante. Quería demostrarse a sí mismo que podía sobrevivir en las inclemencias de la ciudad.

Sólo el dueño de un bar decidió darle una oportunidad al indefenso Spitsin. Creyó ver en el joven cierta docilidad que le sería de provecho, además de que le recordaba a un amigo que había querido mucho en su juventud. Spitsin le juró una lealtad al dueño del bar sólo comparable con la que hace el más apasionado de los amantes. La devoción que tuvo Spitsin por su jefe era la misma que tiene una solterona resignada ante la aparición de un nuevo amor: una devoción completa.

Spitsin se convirtió en un trabajador ejemplar. Nunca protestaba ninguna orden. Jamás evadía trabajo. No renegaba de su jefe bajo ninguna

circunstancia, por adversa que fuera. Y, lo más importante, no cuestionaba las órdenes de su jefe. Este, encantado con Spitsin, agradecía más que nada su discreción. Era obvio que en aquel bar las ventas no tenían ninguna importancia. Los clientes solían ser pocos y casi no bebían. A pesar de ello, el dinero nunca faltaba. Spitsin era consciente de ello, pero no le interesaba. Poco a poco fue ganándose la confianza de su jefe, sin habérselo propuesto, convirtiéndose en el ayudante más servicial y leal que este hubiera soñado tener alguna vez. Al enterarse de que la verdadera función del bar era servir como resguardo para los espías del gobierno ruso, su actitud siguió siendo igual. Empezó a presenciar situaciones abrumadoras como torturas y asesinatos. Su jefe esperaba alguna queja o reclamo de su parte. Spitsin no decía nada. Sencillamente consideraba que no era de su incumbencia. La desesperación que había sufrido lo convirtió del más común de los hombres al más insensible de los hombres. La mayoría de las personas no ceden a la inmoralidad por virtud propia; simplemente las circunstancias les favorecieron para protegerlos del mal. En condiciones extremas, la moral disminuye. Las casualidades forzaron el destino del pacífico Spitsin. No se trata de redimir lo que le sucedió, sino de entender que la vida no le ofreció demasiadas oportunidades. Nuestro Spitsin era consciente del cambio moral que se produjo en él. Carecía de una explicación que le permitiera entender qué le había sucedido, porque lo que antes era tan horroroso a sus ojos, ahora no lo inquietaba mínimamente. Pensó que tal vez su cambio era una secuela de la ciudad. En el campo los crímenes son escasos y desconocidos. En la ciudad, por el contrario, son comunes y conocidos. Incluso existe un medio para que todos tengan acceso a ellos: el periódico. Spitsin creyó que era cosa corriente, debía habituarse a ello. Al fin de cuentas, todos los ciudadanos eran como él. Se engañaba encontrando regocijo en ello. Sus preocupaciones morales fueron disminuyendo con el pasar del tiempo, hasta tal punto, que llegó a presenciar con interés las ejecuciones esporádicas que se realizaban en el bar.

En cierta ocasión, un asesinato de los que se había acostumbrado a mirar se complicó. Hubo un gran ajetreo. Spitsin terminó apuntando al saboteador que iba a ser ejecutado. Su jefe, presente por casualidad en la escena, le pidió que disparara. Spitsin obedeció automáticamente, sin reflexionar siquiera. Apretó el gatillo y contempló, maravillado y ho-

rorizado a la vez, el efecto que su acción desencadenó. Observó cómo se desfiguraba la víctima ante el impacto de la bala; vislumbró el gesto de agonía sofocante que se creaba en su rostro, pero, sobre todo, sintió como la presencia de la muerte reinaba en aquel recinto por su culpa. El cuarto se volvió más frío, más triste, más desolador para él. Nunca imaginó que alguna vez llegaría a asesinar a un ser humano. No sabía por qué, pero tenía muchísimo miedo. Temblaba levemente. Al observar una vez más el cadáver, notó que el charco de sangre creció hasta llegar a sus pies; era tan roja y viscosa; sintió una fuerte repulsión. Retrocedió un paso por inercia; aun así, la sangre había impregnado la punta de su zapato. Entendió que su estupefacción no desaparecería limpiando la sangre o huyendo del lugar; toda su vida lo acompañaría esa sensación. Su corazón latía fuerte y secamente. Estaba espantado. Observó al horizonte para hondar en su tristeza. Un leve contorno se dibujaba débilmente en su mirada. Giró su cabeza y encontró la figura de sus acompañantes. Los había olvidado por completo después del disparo. Su jefe lo examinaba sorprendido; la mirada de los agentes seguía igual de gélida. Spitsin agradeció en su mente la indiferencia de estos. Quiso hablar pero no lo hizo. Creyó conveniente despedirse y salir. Su jefe se adelantó a sus deseos diciéndole:

—Vamos, Spitsin. Debemos volver cuanto antes. Los clientes nos esperan. Hasta luego.

Los agentes se despidieron con amabilidad. Empleado y empleador salieron cabizbajos del lugar.

Spitsin aparentaba indolencia por lo sucedido pero en realidad seguía consternado. Día tras día se fue acostumbrando a su nuevo carácter. Los agentes que presenciaron su asesinato empezaron a hablarle esporádicamente. Algunas veces, como si se tratara de un juego, le daban un arma para que volviera a asesinar. Spitsin respondía aterrizado que no, aunque con el paso del tiempo lo decía con menos convicción. No hay corazón que resista la persistencia del tiempo enmascarada en la sutileza de la costumbre; los agentes lo sabían a la perfección. Continuaron con sus tentativas hacia Spitsin. Los meses trascurrieron sin piedad para el noble campesino que se desconocía a sí mismo cada vez más. Llegó el día en que asesinó por segunda vez, y, para su desgracia, los rescoldos morales fueron ni-

mios. Su transformación fue casi completa aunque revelaremos más adelante su justo desarrollo.

Meses más tarde, en el bar fue encontrado su dueño muerto junto a los barriles de cerveza de la bodega. La policía se sorprendió de las circunstancias del asesinato. Todo arrojaba a pensar que el asesino ni siquiera había necesitado de luz para cometer el crimen, así de bien conocía el lugar.

Contraria a la fisonomía de Spitsin, era la de Lakeich. Alto, delgado, de buen porte, tenía rasgos que intrigaban a las mujeres, en especial sus ojos color canela y su boca rosada y delineada. El destino de Lakeich ya se había escrito antes de su nacimiento. Su familia obedecía al principio dogmático de «robar a los ricos para dar a los pobres», es decir, a ellos mismos. Una vez abandonaron la pobreza, abandonaron el lema: robaban a ricos y pobres por igual. La familia de Lakeich no tenía una hermandad basada en el amor filial, sino más bien tenía una camaradería de banda. La madre de Lakeich veía en este, desde que fue pequeño, un futuro integrante que debía preparar para el beneficio de la banda. Todos en su familia eran delincuentes; todos ultrajaban bajo los mismos intereses.

A los 18 años de edad, Lakeich ya había asimilado por completo todas las facetas del crimen. Contrario a los demás miembros de su familia, tenía instrucción. Se graduó en el colegio con honores y estuvo algunos semestres en la universidad. Su familia no renegaba de su actividad académica; el estudiante nunca afectó al criminal. Aventurero por naturaleza, Lakeich decidió buscar nuevos horizontes que saciaran las expectativas que sus libros de universitario le habían creado. Se imaginaba a sí mismo en misiones clandestinas donde se ponía a prueba su astucia. Pudo satisfacer este capricho ideando varios planes criminales. Para su satisfacción, todos sus planes fueron un éxito. Las cuartadas, las persecuciones, las pistas que podría encontrar la policía, etc. todo estaba controlado por Lakeich. Su orgullo crecía ante el éxito de cada misión. Lamentablemente, uno de sus planes fracasó. Fue capturado por la policía en un intento de robo a un banco. Su plan maestro sucumbió ante la mediocre imaginación que suelen tener la mayoría de los policías. Humillado hasta los huesos, su vanidad le impedía vivir. El encierro en la cárcel no significaba nada comparado con la frustración de reconocer

que era un hombre vulgar. Veía con resignación como el sello de la negligencia se escribía sobre su frente. En todo el esplendor de su juventud, Mijailovsky Lakeich pensaba en el suicidio constantemente. Pero la vida le deparaba otro destino muy ajeno. Un agente de la Okhrana se presentó un día en su celda ofreciéndole la posibilidad de unirse a esta. Lakeich decidió darse una oportunidad. Aceptó dudoso la invitación, presentía, con razón, que un gran cambio se produciría en su vida.

Nos falta por describir al último de nuestros tres agentes «incendiarios», Radek Gurov. De bigotes ordenados, ojos pequeños, nariz ancha, labios finos y piel con orificios de viruela, el rostro de Gurov era el de un típico policía ruso del siglo XIX. La profesión suele crear marcas en la cara que son imposibles de borrar y de negar. Todas las personas reconocerían de inmediato que Gurov era policía, así le miraran de reojo. De estatura promedio y anchos hombros, la vida de este hombre no representaba más que el significado de la palabra disciplina. Se dedicó a la policía por seguir los deseos de su padre. Claro que si le hubieran puesto a escoger otra profesión no se le habría ocurrido otra. Su padre siempre le decía que debía ser policía. Su abnegación era, pues, natural; nadie se la había impuesto. No recriminaba jamás nada que le mandará un superior: fuera su padre o el capitán de la policía. Como todo disciplinado, sentía desconfianza, horror y fastidio por las personas que actuaban libremente. El único fin de su vida era obedecer. Cabe anotar que Gurov era bastante inescrupuloso. No por iniciativa suya, por supuesto, sino que cedía a los caprichos de sus superiores. Ventaja considerable en la vida de un policía. Su trabajo era su vida. En quince años que estuvo en la policía, nunca llegó tarde. El jefe de la policía aconsejó a la Okhrana la incorporación de Gurov. Les habló de su ciega obediencia. La Okhrana aceptó gustosa. Pensaron que un hombre tan disciplinado necesariamente tenía que ser estúpido. La verdad, no se equivocaban mucho. Gurov no era, propiamente hablando, una persona medianamente inteligente. Sabía obedecer, pero no analizar. Curiosamente, los agentes de la Okhrana le dijeron a Gurov que había sido seleccionado por mostrar una inteligencia superior a la de los demás policías. Para Gurov fue obvia la elección: él era el policía más capacitado para el cargo.

Una vez en París, los agentes se dispusieron a entregar su informe en la sede secreta de la Okhrana. Tuvieron mucha precaución en narrar con exactitud toda la operación; no descuidaron el más mínimo detalle. La sala de espera donde se encontraban era ordinaria, había un sofá grande ubicado junto a la puerta de entrada, algunas sillas en la pared contraria y una pequeña mesa en el centro de la sala. Nada era destacable de aquella sala. Los agentes estaban sentados en el sofá. Estaban ansiosos después de haber entregado su informe. Querían saber la reacción de su jefe ante la misión. Ninguno tenía una emoción específica en ese momento; sólo estaban intrigados por escuchar la voz de su superior. Por otro lado, sus corazones fríos nunca les permitían un optimismo completo; la desgracia para ellos era el único traje que vestía la realidad. Siempre esperaban pésimas noticias. Casi se podría decir que las buenas noticias no dejaban nunca de sorprenderlos.

Extrañados ante la tardanza de su jefe, los tres divagaban. Gurov miraba al frente seriamente; Lakeich y Spitsin miraban sus zapatos. Cada uno reflexionaba tanto como su carácter se lo permitía. Por fin la espera acabó. Justine, la secretaria más importante de la Okhrana, les dijo que podían pasar. Rachkovsky los estaba esperando.

La oficina de Rachkovsky irradiaba la hermosura que sólo el talento puede conseguir. Los muebles tenían una forma exquisita y pulcra, las paredes estaban pintadas de un amarillo cálido. El escritorio del siglo XVII contrastaba su color azabache con el café de los muebles. La alfombra india ilustraba, de la manera más delicada posible, la gracia de las manos que la habían creado. Lo más bello de aquel recinto era que su elegancia no reflejaba opulencia.

Rachkovsky se encontraba sentado en un sillón próximo a la ventana. De aspecto bonachón, gruesa figura y estatura moderada, su apariencia física resguardaba las excentricidades de su corazón. En este hombre, la genialidad más genuina luchaba contra la imaginación artística sin que su rostro pudiera advertirlo. Se asemejaba en esto a esos artistas bohemios en los que su cuerpo no alcanza a reflejar ni siquiera una ínfima parte de su insondable alma. Ensimismado en sus meditaciones, sonrió igual que los niños al ver llegar a sus padres cuando se percató de la presencia de los tres agentes. Se levantó y abrazó a cada uno con cariño. Parecía más el padre de los agentes que su jefe directo. Luego de agradecerles, les

pidió que le narraran cuanto creyeran pertinente de la misión. Lakeich tomó la palabra, su relato fue breve, pero muy exacto. Gurov le mostró a Rachkovsky el mensaje que llevaban los panfletos que se producían en la imprenta. Rachkovsky lo leyó en voz baja: «Alegraos pueblo ruso, el cambio está cerca. Sois los únicos responsables del destino de nuestra amada patria. Disponeos a luchar sin medir las consecuencias. La gloria nos espera, hermanos comunistas». Gurov miró a Rachkovsky esperando un comentario. Este le sonrió, le preguntó a Gurov si a Lakeich se le escapaba algún detalle. Gurov mencionó algunos detalles banales y guardó silencio. Rachkovsky inspeccionó sus rostros. Notó algo extraño en la cara de Spitsin, pero no le dio importancia. Bajo la vista y se dirigió a la ventana. Dando les la espalda les dijo:

—Amigos míos, su labor ha sido excepcional —se dio vuelta para mirar sus caras—. Han tenido una precisión perfecta. Los revolucionarios están seguros de que unos saboteadores fueron los causantes del incendio.

Los tres agentes lo miraron con alegría.

—Que buena noticia, señor —dijo Spitsin.

—Sabía que tendríamos éxito, señor —agregó con entusiasmo Lakeich—. Su plan era perfecto señor.

—Lo sé, lo sé... —contestó riendo Rachkovsky—. Sólo bromeo. Ustedes me han demostrado que son los mejores agentes de toda Europa.

—Muchas gracias Sr. Rachkovsky. No se imagina lo agradecidos que estamos ante sus palabras —dijo Gurov, en un tono muy sumiso.

Rachkovsky lo observó con beneplácito.

—Señor, ¿Puedo ser impertinente y preguntarle algo muy importante para mí?

—Pregunta lo que quieras Lakeich, hoy no puedo negarte nada —respondió un contento Rachkovsky mientras se rascaba la ceja.

—¿Cómo sabía usted que nuestro plan tendría éxito? ¿Qué le hizo pensar que el plan saldría bien?

—Lakeich, eres el más perspicaz de los detectives. Sentémonos. Con gusto les explicaré —dijo mientras los agentes se sentaban. Rachkovsky miró de nuevo la ventana y sonrió para sí mismo—. Ah, pero olvidaba una cosa —dijo de improvisto—. Lakeich, Gurov y Spitsin; saben que

mi aprecio hacia ustedes no tiene límites, por eso voy a explicarles la misión. Sin embargo, es la única vez que lo voy a hacer. La Okhrana es una organización de alta confidencialidad, yo mismo desconozco muchas de sus funciones. Y eso que soy el «director» de la misma. Así como ustedes me obedecen sin cuestionar mis órdenes, lo mismo me sucede a mí con mis superiores. Por lo tanto, ni ustedes ni yo podremos conocer jamás con precisión las misiones de la Okhrana. Mucho menos sus intereses reales. ¿Queda claro? —los tres asintieron—. Eso espero —dijo Rachkovsky. Se sentó, sonrió y prosiguió—.

»Como deben imaginar, la Okhrana posee una red de informantes muy extensa. Nuestros agentes se mueven por toda Europa como felinos. Pues bien, uno de ellos hace aproximadamente seis meses, se infiltró entre los revolucionarios de Moscú. Nos informó de que una de las imprentas que producía el mayor número de comunicados en contra del zar, no se encontraba en Moscú. Sobra recordarles que en la política, contrario a lo que la gente cree, la verdad tiene múltiples caras y, casi siempre, la más importante es la más desconocida. La gente protesta contra el zar sin una causa verdaderamente justa. Son marionetas que desconocen quien las manipula. No os preocupéis por ello, estamos en igualdad de condiciones ante esta situación. No existe en nuestra madre Rusia cien personas que conozcan la existencia de la Okhrana. Como venía diciendo, debíamos encontrar con urgencia el lugar donde estaba la imprenta. Gracias a unos impertinentes en San Petersburgo, nos enteramos que la imprenta estaba ubicada en Ginebra. Kurikin no necesitó más que un mes en Ginebra para dar con su ubicación exacta. Todo estaba dispuesto para la destrucción de la imprenta. Decidí que incendiarla sería la mejor manera de acabar con ella —al escuchar Spitsin esta frase, abrió sus ojos y balanceó su cuerpo como si no pudiera sostener su cabeza. Rachkovsky observó todo su ajetreo. Continúo con su relato sin hacer caso del estado de Spitsin.

»Incendiar la imprenta y salir huyendo, no había tenido la más mínima dosis de imaginación.

—Pero señor, no habría sido más fácil hacerlo parecer un accidente.

—Más fácil sí, pero no hubiera sido inteligente. Por un lado, Lakeich, estas desconociendo uno de los objetivos más básicos de la Okhrana: la protección del zarismo. Y por otro, desconoces las fibras que mueven

al corazón humano. Me queda claro que no tienes idea del alcance que tiene la desobediencia en el ser humano. Sin importar la grandeza que tenga un hombre, el sentimiento de la ilegalidad lo devora lentamente. Saber que está fuera de la regla, excluido de la norma, es algo que el corazón humano no es capaz de soportar. Si la sociedad nos pidiera transformarnos en asesinos, la mayoría de las personas lo haríamos con tal de no ser marginados. Por eso la persona que decide marginarse de la ley siempre lo hace, por así decirlo, de manera ficticia, de manera inculminatoria. Aun el más rebelde desea con ímpetu que la sociedad le acoja de nuevo. Su rebeldía es prueba de su inestabilidad emocional. Rechaza la norma social porque no puede vivir sin ella. Ya sé Lakeich, déjame seguir. Sé lo que estás pensando —Lakeich no hizo el menor movimiento. A los tres agentes les extraña el comentario de Rachkovsky, a pesar de que sabían que era habitual en él que hiciera esos comentarios—. Tú no tienes la formación moral de la gente común —continuó Rachkovsky—. En tu caso la moralidad es una inmoralidad.

Lakeich se sorprendió al darse cuenta de que Rachkovsky se había adelantado a su pensamiento. Efectivamente, la moralidad para él era irreal, ilógica, inclusive estúpida. «Será posible que este hombre antes de explicarnos la misión, hubiera tenido en cuenta nuestros caracteres para proteger sus intereses —pensó fugazmente Lakeich—. No, no puede ser. Nadie puede ser tan brillante», pensó otra vez, ocultando su turbación a Rachkovsky, quien lo miraba fijamente.

—Pero que tú seas la excepción a la regla, no significa que la regla cambie —volvió a tomar la palabra Rachkovsky—. Esos hombres que trabajaban esperaban con ansía el castigo. Por eso escogí a los cuatro empleados que salían antes de cumplir con su turno. La culpa estaba escrita en ellos. Que ustedes los asesinaran y después se hicieran pasar por ellos es algo tan fácil de deducir, que no voy a explicarlo. Es tan sencillo como comprender por qué dejé vivo a uno —Spitsin lo miró pidiendo una explicación—. Siempre se necesita de un testigo para que un crimen sea posible. Si hubieran desaparecido los cuatro empleados, los revolucionarios podrían haber sospechado que se trataba de un sabotaje. Pero uno vivo desconcertaba la investigación. El rebelde desconfía de todo, en especial de sus compañeros. Quien investigó el caso sospechó inmediatamente de los tres hombres que no se presentaron en la im-

prenta al día siguiente. Imaginó que huyeron al extranjero. Al interrogar al cuarto empleado que salía antes y notar su desconcierto ante lo sucedido, sus dudas se disiparon del todo: se había tratado de un complot. Predecible para él, pues lo realizaron los empleados que menos creían en la causa. No en vano siempre tenían ganas de marcharse. Todo esto probablemente habrá pasado por la cabeza del investigador, pero lo que en verdad él no sabe es el porqué de su seguridad. El investigador acusó directamente a los ex empleados de la fábrica porque no hacerlo sería igual a aceptar que él nunca ha deseado el incendio de la imprenta. El ser humano castiga en otro aquello que es tormento para él. Es decir, el investigador acusa a los empleados porque él mismo ha tenido el deseo de destruir la imprenta. De lo contrario habría sido más escrupuloso con la investigación. Pero eso no ha sucedido. Es más, el cuarto empleado también ha sido ejecutado. Pero eso no nos interesa, continúo con mi explicación. Cuando ustedes entraron haciendo ruido a la imprenta por la noche, buscábamos cerrar la cuartada. En asuntos importantes, las paredes siempre tienen oídos; cualquier espía decente lo sabe. Alguien los vio mientras perpetuaban el crimen, no les quepa la menor duda. Ese testimonio llegó a los oídos de los rebeldes. Estén seguros de eso. El chisme es común en nuestra época. Lo mejor de haber hecho un sabotaje es que hizo nacer el desconcierto entre los revolucionarios. El porvenir de la «causa», como la llaman los rebeldes, está mostrándose muy frágil; los propios rebeldes atacan a su organización. Esto es aún más importante que el incendio de la imprenta. Nuestro objetivo es terminar con la rebeldía en contra del zar Nicolás II.

Rachkovsky hizo un silencio muy condescendiente con la importancia de las ideas que acababa de expresar. Los tres agentes esperaban ansiosos que continuara su discurso. Rachkovsky les sonrió.

—La «voluntad del pueblo» fracasó en «las manos del pueblo», que somos nosotros —continuó—. Los rusos siguen en una lucha interna entre sus costumbres y las ideas novedosas de Europa. Debemos tener fe y esperar que cada uno de nuestros aportes a la felicidad de Rusia sea bien recibido. Señores, les reitero que mi agradecimiento hacia ustedes es casi tan grande como mi cariño por ustedes. Pueden ir a sus hogares a descansar como es debido. Afuera Justine les dará una recompensa por su excelente labor.

Cuando los tres agentes se disponían a salir, Rachkovsky tomó por el brazo a Spitsin. Le pidió que se quedara un rato con él. Lakeich y Gurov se despidieron cordialmente de ambos y salieron. Rachkovsky se dirigió a la ventana. Spitsin lo siguió.

—¿Nunca te has preguntado, cuando miras por la ventana y ves a toda esa gente pasar, a dónde podrán dirigirse? —Rachkovsky no miraba a Spitsin al hablarle. Sus ojos deambulaban por la calle.

—No, señor. Nunca lo he hecho —contestó secamente Spitsin.

—¿No te interesa la gente, amigo Spitsin? —insistió Rachkovsky.

—La verdad señor, me interesa muy poco —Spitsin miró un momento la calle. Al volver sus ojos a Rachkovsky, observó que seguía sin mirarle.

—¿Ni siquiera cuando vivías en el campo?

—No, señor. Siempre he sido una persona muy reservada. Nunca me inmiscuyo en la vida de los demás.

—Entiendo. Lo bueno de observar la vida de los demás es que aprendemos mucho de la nuestra. ¿Ves ese señor de sombrero negro y abrigo gris?

—Sí —respondió Spitsin mirando a través de la ventana con indiferencia.

—Pasa todos los días con la misma diligencia. Camina como si tuviera un gran peso encima, seguramente el peso de la mediocridad. Nunca mira alrededor suyo para inspeccionar la gente que camina junto a él. Imagino que lleva décadas con esa rutina. Jamás sonrío, ¿qué motivo tendría para hacerlo? En algún momento su vida va detenerse. La parca vendrá a recogerlo igual que hace una madre con su hijo descarriado para castigarlo. Él sonreirá por primera vez y se irá de este mundo por el que nunca tuvo amor.

Spitsin bajo la mirada. De repente tuvo la sensación de que en toda su vida nadie le había hablado de ese modo; es decir, con delicadeza natural.

—Spitsin, algo te molesta. Siento que tu alma enmudece por una pena que te aflige. Deduzco que fue haber incendiado la imprenta o algún imprevisto que se presentó en la misión.

—Está en lo correcto, señor. No me gusta destruir deliberadamente. Además, siento un gran terror por el fuego.

—Supongo que nunca te has preguntado por la causa de ese miedo.
—Lo he intentado, señor, pero no pude encontrarle una explicación. Simplemente, desde que tengo memoria, el fuego ha sido para mí un tormento —Spitsin sonrió con amargura al terminar.

—El fuego es bellissimo. Su mezcla de naranjas, rojos y azules; su forma asimétrica; entre otras de sus cualidades. El fuego nos produce un gran placer sólo con verlo. Es demasiado hermoso. ¿Cómo puedes sentir miedo de algo tan bello?

Rachkovsky seguía con su mirada perdida en el horizonte.

—No lo sé. Me parece hermoso pero peligroso. Siento que... Señor, ¿por qué no me mira? —exclamó de pronto Spitsin insolentemente.

—¿Para qué? Te escucho perfectamente.

—Hace rato que está sin mirarme. Yo que pensaba que... —las últimas palabras salieron sin advertencia de su amor propio.

—Continua.

—Creí ver algo de cariño en sus palabras, señor.

—Spitsin, te hablo con el corazón. No te aflijas. Miro al horizonte porque me ayuda a pensar —Rachkovsky giró un momento su cabeza para ver a Spitsin. Al reanudar su postura inicial, volvió a hablar—. Todo lo hermoso es peligroso, tal vez por eso nos atrae la belleza. Dime, amigo mío, ¿durante el incendio no sentiste que tu miedo disminuía?

—Tal vez... ahora que lo pienso, es probable. Cuando esperaba junto a Gurov a que Lakeich terminará, sentí un gran alivio al verlo llegar intacto. No sé por qué, pero en ese instante el fuego se me hizo tolerable.

—¿Recuerdas la calidez de esa sensación? ¿La gracia que había en ella?

—Sí, señor, la recuerdo bien.

—En esos instantes te sentías como un general que gana una batalla, y al mismo tiempo conquista el corazón de su amada —Spitsin sonrió, le hizo gracia la comparación—. Ese «gozo» fugaz es lo que te debe impulsar a convivir con tu miedo. Debes convivir con él hasta que te perdone, o tú lo perdones a él.

Los ojos de Rachkovsky centellaban en la oficina. Su rostro se iluminaba por una luz sin procedencia; Spitsin estaba perplejo. Las palabras de Rachkovsky habían entrado en su corazón agitándolo con fuerza. Tenía la impresión de que Rachkovsky aumentaba de tamaño y lo atraía hacia él, irrevocablemente.

—El miedo nos domina hasta donde se lo permitimos, Spitsin. Nunca olvides eso porque es la verdad que reina sobre tu vida.

Rachkovsky se acercó a él, con un gesto de amabilidad propio de una cortesana, para despedirse. Salió de su oficina. Spitsin por su parte, temblaba. Se acercó a la ventana. Vio como una mujer hermosa le devolvía la mirada mientras caminaba. Ruborizado por la escena, salió de la oficina sintiendo como su cuerpo parecía adquirir nuevas dimensiones.

Rachkovsky se encamino hacia la casa de su amante favorita. Ubicada en una calle apacible, como debe ser, estaba la casa de la cortesana. La meretriz estaba conversando amigablemente con algunos hombres que la pretendían celosamente. Al llegar Rachkovsky, Delfina se acercó a saludarlo fingiendo indiferencia. Rachkovsky sonreía con decoro. Saludó con entusiasmo a sus rivales de turno. Eran tres hombres de diferentes edades. El primero era un joven de aproximadamente veintidós años. Lucía débil y enfermizo. Rachkovsky sintió un poco de pena por él. El segundo parecía un poco mayor que el primero. Sus cejas delgadas, grandes ojos y cabello brillante resaltaban sobre su esplendorosa sonrisa. Parecía muy amigable y bonachón. Contrastaba cruelmente con el primero. Observaba con beneplácito a Rachkovsky, quien le devolvía la hospitalidad con una sonrisa. El último hombre era un anciano. Tenía los cabellos blancos, el rostro demacrado, las manos deformadas, seguramente por algún trabajo rudo que realizo en su juventud. Sus ojos eran quisquillosos; se perdían en el horizonte nostálgicamente. Rachkovsky sabía que su presencia incomodaba a los tres. Por decoro y caballerosidad, forzó una conversación con los tres hombres.

—Delfina, ¿quisieras presentarme a estos agradables caballeros? —dijo.

—Por supuesto. Esperaba que llegara Charlotte para presentarlos a todos juntos pero parece que no va a venir. Rachkovsky, ellos son: Gunter, Charles y Arthur.

Los tres respondieron al unísono: «Encantados Sr. Rachkovsky». Delfina siguió el orden de las edades siendo Gunter el más joven.

—El Sr. Gunter es un noble caballero alemán que arribó a nuestro país hace dos años. El Sr. Charles es un fervoroso ayudante del barón

Hulot en sus trabajos estatales. Y el Sr. Arthur es un acaudalado comerciante de materias primas —Rachkovsky percibió la alegría con que Delfina presentó a Arthur.

—Es un honor caballeros —respondió Rachkovsky solemnemente—. Mi nombre es Piotr Rachkovsky. Trabajo como asesor bancario. Hace un año que vivo en Francia, soy ruso.

—Su país es muy bello —dijo Charles—. En ningún otro sitio se siente tanta tranquilidad. Es una pena el momento por el que atraviesa.

—Lo sé. Desde aquí hago todo lo posible por ayudar a mi gente.

—Las crisis políticas requieren mucho carácter. Las adversidades bien aprovechadas mejoran a los hombres. Mi patria puede servir de ejemplo al pueblo ruso.

—Usted fue partidario de Bismarck, ¿verdad? —dijo Rachkovsky a Gunter por su comentario.

—Exacto. Siempre fui un admirador de sus ideologías. Tuve el honor de hablar con él en una ocasión. Fue el momento más espectacular de mi vida. La emoción perdura todavía en mí después de ese encuentro...

—Es insolente que un hombre experimente esas sensaciones por otro hombre —exclamó Delfina con sarcasmo acomodando su cabello. Sus ojos apuñalaban el corazón del joven que lamentó profundamente el fervor de su intervención.

—Delfina, tú entiendes mi corazón y ves a través de mi alma. Sabes a qué me refería con esas palabras —se disculpó Gunter.

—Los hombres desconocen sus impulsos, por eso nunca miden sus ideas. Qué insensatez cometiste ante una pobre criatura como yo.

—Delfina, una anfitriona como tú no debería torturar así a su invitado —le replicó Rachkovsky sonriente.

—Una dama no puede permitir ningún desliz por diminuto que sea. Gunter —dijo mirando al joven—, ¿qué clase de mujer sería si no exigiera lealtad eterna hacia mí? ¿Qué clase de amiga sería si no te indico la manera adecuada en que debes comportarte frente a una mujer? Los verdaderos amigos son aquellos que hacen florecer lo mejor que llevamos dentro. Mi cariño es un sendero para ti, Gunter.

—El cariño muchas veces toma la forma del desprecio —dijo Arthur.

—Estoy de acuerdo —afirmó Charles.

—El verdadero cariño transforma al otro sin proponérselo. Es medicina sin necesidad de médico. Refleja el interior de la persona para que ésta pueda percatarse de sus equivocaciones. El cariño real nunca recrimina —sentenció Rachkovsky.

Delfina frunció el ceño. Estaba acostumbrada a que los hombres le dieran la razón. Nunca tuvo diálogos o discusiones con un hombre, sólo pequeños monólogos que pronunciaba sin ser interrumpida. Era la primera vez que un hombre objetaba su poder. Además, fueron tres. La sumisión ante sus opiniones era cosa obligada para ella. Se tenía a sí misma como una mezcla perfecta de belleza e inteligencia. Ni siquiera sus familiares más cercanos retaban sus frases. Era orgullosa por costumbre y no por naturaleza; rasgo fundamental en su carácter. Sus mejillas se encendieron expresando su enojo y no su coquetería habitual. La observación de Rachkovsky la exasperó; carecía de una réplica que le permitiera salir del paso. Pensaba tan rápido como podía una crítica para su rival. Su silencio era la peor humillación.

—Delfi, tu sala es aún más exquisita que antes —dijo Charles vagamente.

—Es el lugar más encantador de París —dijo Rachkovsky.

—Me alegra mucho que les guste —respondió Delfina secamente—. Me precio mucho de mi buen gusto.

—En verdad es muy bonita tu sala. En Alemania carecen de esta elegancia tan francesa —exclamó Gunter revisando todo a su alrededor.

—En Rusia también.

—Los franceses tenemos el mejor estilo de Europa. Nuestro sentido de la elegancia y el decoro es delicioso. Encargadle a un francés que embellezca un lugar, y convertirá en una obra de arte cualquier sitio que le deis. Nada reluce más que París —concluyó Arthur.

—Hace honor a su homónimo griego —dijo Charles.

—Hace poco dialogué con el encargado de la biblioteca central de París. Discutimos de muchos temas. Él me explicó que esta ciudad recibió el nombre de un pueblo galo que se llamaba «Parisios». En latín sería *Civitas Parisiorum*, que significa «La ciudad de los parisios». Con el tiempo el vocablo *Parisio* se simplificó por París. Tanto el término *Civitas* como el de *Lutecia*, nombre que los romanos tomaron del galo para bautizar la ciudad en el año cincuenta y dos antes de Jesucristo,

fueron excluidos dejando la palabra París. Graciosa coincidencia con el príncipe troyano.

Delfina sonrió a Rachkovsky por su explicación. Los sabiondos no le interesaban pero le agradaba que sus invitados destacaran de algún modo. Charles agradeció a Rachkovsky por su exposición. Gunter y Arthur sintieron celos del ruso pero lo disimularon perfectamente.

—Vaya Piotr —dijo Delfina—, a pesar de ser ruso conoces más de París que tres franceses.

Rachkovsky rio con sencillez.

—Esa alabanza debe ser para Jacques-Antoine Dulaure, la persona que descifró el nombre de la ciudad. La explicación en su libro fue perfecta, releí la historia por consejo del bibliotecario, de lo contrario ya hubiese olvidado todo.

Rachkovsky volvió a reír. Charles también se rio. Delfina, Arthur y Gunter no compartían su alegría.

—¿Tu trabajo se ha estabilizado, Piotr? —preguntó Delfina para cortar la risa del ruso.

—Sí, por fortuna.

—Se ha vuelto usual en París los repentinos cambios de la economía —comentó Arthur—. Ahora es más difícil cuidar el dinero que conseguirlo.

—Pero tú eres un experto en los negocios, Arthur. Tu fortuna es inquebrantable —Delfina suspiró al pronunciar la palabra inquebrantable.

—Puede ser. Es mejor no confiarse nunca en los negocios, por más riqueza que se tenga. Trascendental precaución.

—Muy cierto, Sr. Arthur —dijo Charles divertido por el gesto de Delfina—. El barón Hulot lo repetía constantemente. En la política también se debe ser cuidadoso. Un pequeño suceso sin importancia puede desencadenar un desastre masivo... Bueno, la vida en general es así.

—Por eso dice el refrán: la vida es la suma de insignificancias importantes —apuntó Rachkovsky.

—Entiendo la idea pero... —Arthur se rascó su mejilla izquierda analizando cómo sería su segunda frase—. Esa concepción de la vida —continuó—, otorga una complejidad a la cotidianidad demasiado grande. Un gesto, una palabra, una oración adquieren proporciones enormes.

Delfina se sonreía viendo el rostro de Rachkovsky. Ya veía venir la

respuesta del ruso.

—Una palabra posee un valor ilimitado. Hay una enorme diferencia entre decirle a una mujer «te amo», a decirle «te estimo». Un abismo separa las dos oraciones, aunque sólo parezca que lo hace una palabra. Ni que decir de una mirada o de un gesto negativo. El refrán quiere decir que la vida es más bella cuando se disfrutan cosas sencillas y banales, como regocijarse ante la vista de una mañana o gozar del aire vespertino. Esas cándidas alegrías suelen favorecer mucho nuestros pesados días de trabajo. La felicidad siempre ayuda a pensar mejor.

—Es un axioma hermoso —dijo Delfina.

—Sí, es muy bonita la frase Sr. Rachkovsky. Es el pilar sobre el que he intentado construir mi vida —aseguró Charles.

—Es un poco contradictorio; aunque suena muy bien.

—Gracias, Gunter —respondió Rachkovsky sonriendo ante el orgulloso joven.

—Mis dudas no se han alejado de mí, Sr. Rachkovsky —intervino Arthur exhibiendo una maliciosa sonrisa que a pesar de su arrogancia reflejaba más tristeza que petulancia—. Soy muy quisquilloso en temas así.

—¿Quién no, Arthur? La vida tiene poco valor para los apasionados y mucho para los timoratos.

—Eso suena todavía más extraño... ¿Está jugando con mis interpretaciones Sr. Rachkovsky?

—Para nada. Es muy simple la frase. Es más probable que una vida sencilla nos acerque a la felicidad que una vida compleja. En palabras más sencillas: es más importante saber que no nos interesa que conocer lo que nos interesa porque de esta manera no desperdiciamos nuestro tiempo, que es el único tesoro de mediano valor que se le concedió al hombre.

—Qué inspirado estás, Piotr —afirmó Delfina. Rachkovsky le devolvía una mirada cargada de incredulidad.

Arthur murmuraba lentamente las palabras de Rachkovsky. Gunter miraba con escepticismo al ruso y Charles se regocijaba viendo como Delfina pensaba las explicaciones de su particular invitado. De repente, la meretriz miró a Rachkovsky sonriendo. Era una mirada cómplice que retribuía al ruso su presencia en la casa. Delfina despidió rápidamente a sus invitados, según ella, porque disponía de poco tiempo para arreglar

un asunto de extrema importancia con Rachkovsky. Los tres hombres salieron sin alcanzar a despedirse. Delfina les prometió que pronto se verían de nuevo.

Como habían comentado sus invitados, la casa de la señorita Delfina era un habitáculo destinado a la extravagancia del ocio. Los sofás, las alfombras, las sillas y los adornos invitaban a la pereza y al derroche. La única virtud que podía descansar en aquel recinto era la sinceridad: el verdadero vicio suele anular la hipocresía. Todo ese ambiente de despilfarro irreal agradaba a Rachkovsky. Delfina, para él, era exquisita por su honestidad. También la hallaba adorable por su descaro, por su cinismo, por su ambición sin límite.

Cuando Delfina se aseguró de que todos se habían alejado de su casa, se sentó junto a Rachkovsky y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Gatito mío —dijo con voz empalagosa—, me tenías muy abandonada.

—Perdóname.

—Me he repetido muchas veces que mi gatito no podía exiliarse de mí sin que yo fuera la causa.

—Tú eres la razón de todo, Delfina. Te quiero verdaderamente —Rachkovsky la abrazaba por la cintura—. Me he alejado un poco de ti forzado por la urgencia inherente a mi trabajo. En realidad, forzado por ti.

—¿Por mí? Eres un felino calculador que da el zarpazo cuando más le conviene.

Rachkovsky adoró aún más a Delfina en ese momento, por ver en sus palabras que él no le interesaba.

—¿Por qué me torturas así, ángel de mi corazón? —dijo Rachkovsky mientras acariciaba la mejilla de Delfina.

—Te lo mereces. No me eres fiel.

—¡Delfina! ¿Cómo puedes dudar de mi amor? ¿Sabes lo que eso me ofende? —Rachkovsky fingía estar enojado. Miraba con agudeza el semblante de Delfina para intentar descubrir, no que lo engañaba, sino su debilidad femenina.

—Dudo con razón. Una mujer siente cuando deja de importarle al hombre a quien ama.

El gesto de reproche de Delfina conmovería al más imparcial de los

jueces, pero no a Rachkovsky. Le sonrió, se separó de ella y se puso de pie. Delfina mantenía su semblante. Rachkovsky se puso de espaldas a su joven acompañante, sacó de su bolsillo un reloj femenino sumamente bello, giró con lentitud percibiendo en los ojos de la hermosa la codicia más grande al ver el reloj. Delfina intentó arrancar el reloj de la mano de su dueño pero este lo evitó con facilidad. Sintióse impotente, Delfina lo miró con cierta altivez que revelaba su avaricia. Rachkovsky guardó el reloj. Con delicadeza maternal cerró los ojos de Delfina. Luego sacó de otro bolsillo un collar precioso. Tiernamente colocó el collar en el cuello de marfil de la joven. Rachkovsky le dio un cálido beso a Delfina en su mejilla. Sólo utilizando sus manos, Delfina ni siquiera se percató de que había sido besada, podía calcular el valor del collar. La bella parisense era extremadamente codiciosa. Al apreciar el collar con sus ojos, su dicha fue completa. Abrazó y besó con fervor a su acompañante. Rachkovsky la tomó de su talle.

—¿Me crees ahora? —le preguntó Rachkovsky. Delfina suspirando le dijo que sí—. ¿Ves como no tenías motivos para darme celos con esos hombres?

—Por fin lo mencionas —respondió Delfina—. Alcancé a pensar que no te importaba verme rodeada de extraños.

Rachkovsky rio al darse cuenta de lo gracioso que resultaba la fidelidad de una cortesana junto a la sinceridad de un embaucador. Delfina se rio también, sin saber por qué.

—Ángel, postrado está mi corazón ante ti, así que exijo piedad para él.

—Lo mismo pido yo de ti —dijo Delfina—. No te vanaglories de saber que tienes una esclava en esta inocente joven —Rachkovsky la besó de nuevo—. Acuérdate de mí siempre que tus ojos sean provocados por otras mujeres.

—Así sea —respondió su amante, imitando la rigidez de sus juramentos.

Delfina y Rachkovsky pasaron la noche juntos renovando sus votos de amor. «Qué agradable me resulta París», pensó Rachkovsky mientras se dormía.